

## LIBRO CINCUENTA Y NUEVE.

Los termidorianos.—Se acrecienta el terror.—Tendencias supersticiosas.—Catalina Theos.—Don Gerle.—Madama de Sainte-Amaranthe.—Mr. y madama de Sartines.—La señorita Grandmaison.—Mr. de Quesvremont.—Trial—Robespierre en casa de madama de Sainte-Amaranthe.—Arresto de madama de Sainte-Amaranthe y de su familia.—Se la complica en la conspiración del extranjero con Cecilia Renault y Ladmiral.—Los acusados ante el tribunal.—Su sentencia.—Su ejecución.—Robespierre en los Jacobinos.—Tentativa de reconciliación entre los miembros de las comisiones.

### I.

Mientras que estos hombres llamados despues termidorianos, preparaban los medios de abatir por la fuerza la tiranía, las comisiones se ocupaban con mas atención de los de comprometer y aislar á Robespierre en la opinion pública y en la Convencion. Para luchar con influencia contra él ante los Jacobinos, era necesario luchar con vigor y ferocidad en la aplicacion de la terrible ley de 22 pradial. De este modo nunca el terror habia herido en masa mas culpables, mas sospechosos y mas inocentes que desde el dia en que Robespierre habia resuelto ponerle un término. Fouquier Tinville, los jurados y los verdugos no podian bastar á la inmolation cotidiana dis-

puesta por las comisiones. La de seguridad general sobre todo, que se habia mantenido apartada y que no habia jugado mas que un papel subalterno, mientras que Robespierre dominaba y oscurecia todo en la comision de salud pública, se habia hecho insaciable de proscripciones desde la ausencia de este. Habia una emulacion de rigor y de muerte entre las dos comisiones. Vadier, Amar, Jagot, Luis del bajo Rhin, Voulland y Elías Lacoste, miembros dominantes de la comision de seguridad general, igualaban en ardor á Collot de Herbois y Billaud Varennes. Sazonaban la muerte con sarcasmos. « Esto vá perfectamente, la cosecha es buena, las cestas sellenan, » decia uno al firmar las estensas listas de remision al tribunal revolucionario. « Te he visto en la plaza de la Revolucion en el espectáculo de la guillotina, decia otro. —Si, respondia éste.—He ido allí á reirme de la figura que hacen los malvados.—Querian estornudar en el saco, respondia otro. Asisto con frecuencia á los suplicios.—Vamos, mañana, replicaba uno mas sanguinario, habrá una gran degollina. » Aquellos hombres iban con efecto á contemplar algunas veces las ejecuciones desde las ventanas de una casa próxima. Pródigos de sangre eran sin embargo integros en los despojos. Billaud Varennes, muriendo de miseria en Cayena, no se repredia por haber ocultado un óbolo á la república que habia diezmado.

Vadier, en el último término de su avanzada edad, desterrado y mendigando en el extranjero decia al hijo de uno de los que habia mandado al cadalso: « Tengo noventa y dos años, la fuerza de mis opiniones prolonga mi vida. No hay en toda ella un acto de que me pueda reprimir, sino es de no haber conocido á Robespierre y de haber tomado por ciudadano á un tirano. » Levasseur, montañés exaltado, proscripto é indigente en Bruselas, exclamaba delante de uno de sus compatriotas que lo compadecia por su caducidad. « Id á decir á vuestros re-

publicanos de París, que habeis visto al viejo Levasseur, haciéndose la cama, para aliviar á su fiel compañero de ochenta años, y espumando con su propia mano su puchero de judías, único alimento de su miseria.—¿Y qué pensais en el día de Robespierre? le preguntó el jóven francés.—¡Robespierre! respondió Levasseur, no pronuncies su nombre, porque es nuestro único remordimiento: la Montaña estaba sin una nube, cuando él la sacrificó.» El viejo Souberbielle hablaba del mismo modo en su lecho de muerte. «Las revoluciones mas sangrientas, decia, son las revoluciones concienzudas. Robespierre era la conciencia de la revolucion, lo han inmolido por que no lo han comprendido.» De esta suerte la conciencia y la opinion se confundian en el alma de los hombres de aquel tiempo, que aun despues de largos años tomaban aun la una por la otra, y que mostrando sus manos vacias de rapiñas creian llevar á Dios y á la posteridad una vida pura de manchas y orgullosa por la constancia de una teoría fanática que ni aun la vejez pudo ilustrar ni disminuir.

## II.

Pero algunos de aquellos proscriptores se habian de tal modo habituado á la sangre, que mezclaban la muerte con la elegancia, con las delicias y con el desenfreno de su vida. Crueles por la mañana, voluptuosos por la tarde, salian de las comisiones del tribunal ó de la plaza del cadalso para ir á tomar parte en suntuosas mesas, deleitarse con la música y la poesía en los palcos de los teatros, ó respirar en los jardines de las cercanías de París con mugeres fáciles el olvido de los negocios públicos, la serenidad de la estacion, el descanso y la paz. Parecia que se apresuraban á dar á los goces horas que no

tenian mañana y que las facciones podrian abreviar á cada instante. Blandian con indiferencia el hacha contra sus enemigos, que esperaban con resignacion para ellos mismos. Algunas casas de campo se convertian á veces en conciliábulos, como las de los dantonistas en Sevres.

## III.

Barrere y sus colegas se creian obligados á fingir un patriotismo de día en día mas sombrío para evitar las sospechas de moderantismo. No cesaban de impulsar á la Convencion á los rigores mas implacables. Robespierre por su parte, para conservar su ascendiente en las comisiones ó intimidarlas con sus acusaciones, se creia forzado á exagerar en él el tipo del patriota inflexible. Los Jacobinos no parecian reconocer la pureza revolucionaria sino en el exceso de las sospechas. Cualquiera de los dos partidos que hubiera detenido el nervio del terror, estaba cierto de sucumbir al momento bajo la acusacion de debilidad ó complicidad con los enemigos de la república. Este es el secreto de los últimos tiempos de asesinatos políticos. La situacion era tan estrema que iba á romperse. El terror no era solamente un arrebato, sino una táctica. Cuanto menos lo querian, tanto mas lo fingian de las dos partes. La sangre de innumerables victimas no servia sino para mantener la máscara de aquella execrable hipocresía de patriotismo.

Se ha visto que despues de la tentativa de asesinato contra Collot de Herbois, y despues de la sombra de atentado contra Robespierre, los miembros exaltados de las comisiones de seguridad general, habian resuelto reunir en la acusacion de Ladmiral y Cecilia Renault una porcion de pretendidos cómplices enteramente es-

traños á los dos acusados. Disimulaban de este modo una cruel solicitud por la vida de Robespierre, y una venganza ruidosa de sus peligros. Elías Lacoste habia terminado el informe; Vadier habia concurrido. Se recordará que Vadier habia complicado en la acusacion á una porcion de inocentes; que Robespierre se habia opuesto con energia á aquella parte del informe; que Vadier habia insistido con la aspereza de un inquisidor que retiene su presa, y que aquella alteracion, degenerando en querrela y en violencia, habia ocasionado la derrota de Robespierre; de sus lágrimas de ira y de su retirada definitiva de la comision. He aqui las circunstancias, sus causas secretas y sus consecuencias sobre la doble conspiracion que se tramaba por un lado en la intimidad de Robespierre, y por otro en los conciliábulos de las dos comisiones. El tiempo ha descubierto el encadenamiento de hechos que parecen estraños los unos á los otros.

## IV.

El alma humana tiene necesidad de lo sobrenatural. La razon sola no basta para esplicar su triste condicion en la tierra, le es necesario lo maravilloso y los misterios. Los misterios son la sombra traída del infinito sobre el espíritu humano: prueban lo infinito sin explicarlo.

El hombre busca eternamente penetrar estas tinieblas. Todos los pueblos, todas las edades, todas las civilizaciones han tenido sus misterios. Pueriles en el pueblo, sublimes en los filósofos, vienen desde las sibilas á Platon, y descienden de Platon á los mas abyectos titiriteros. Desde que la filosofía del siglo XVIII habia minado las supersticiones de la edad media en el espíritu de la Europa, la pasion de lo sobrenatural habia

cambiado, no de naturaleza y de credulidad, sino de objeto. Jamás mayor número de doctrinas ocultas, de filosofías quiméricas ó de teosofías trascendentales, habian fascinado al mundo intelectual. Swedemborg en Suecia; Weissaupt en el Rhin; el conde de San German, Bergasse y San Martín, en Francia; los franc-masones, los rosa-cruz, los iluminados y los teístas, en todas partes habian fundado escuelas, reclutado adeptos y soñado misterios. La credulidad mística sucedia en todas partes á las credulidades populares. La revolucion, conmoviendo mas la imaginacion de los hombres, no habia desmentido este atractivo instintivo de la humanidad por lo maravilloso. Por el contrario, habia exaltado hasta el delirio á ciertas almas, y aun á la masa. Cuanto mas grandes son los acontecimientos, las catástrofes son mas generales, mas trágicos los destinos y mas el hombre reconoce su insuficiencia y mas cree ver la mano de Dios mover por sí misma los acontecimientos, los hombres y las cosas que se agitan, que se destruyen ó que surgen alrededor nuestro. De esta disposicion del espíritu humano por lo sobrenatural, y de este vacío que la desaparicion del culto antiguo dejaba en las almas, una secta religiosa y politica nació en la sombra y reclutaba millares de sectarios en la poblacion ávida de novedades.

## V.

Habia entonces en un barrio retirado y sombrío de las estremidades de París, calle de la Contraescarpa, una muger vieja llamada Catalina Theos, ó la madre de Dios. Aquella muger, poseida toda su vida por su propia imaginacion, y debilitada ahora por la caducidad de la inteligencia, se creia ó fingia creerse dotada de dones so-

brenaturales de vision y de profecía. Pitonisa añeja de otro Endor, habia visto en Robespierre un nuevo Saul. Ella le proclamaba el elegido de Dios, le mostraba á sus adeptos como el salvador de Israel, el regenerador de la verdadera religion y el fundador del perfecto órden en la tierra. Un antiguo cartujo llamado don Gerle, que confundia en su estrecha y embarazada cabeza el misticismo de la primera edad con la pasion de una trasformacion religiosa del mundo, se habia relacionado con la profetisa de la calle de la Contraescarpa, por aquel atractivo que llama la credulidad hácia lo maravilloso. Don Gerle se habia hecho el primer discípulo de aquella inspirada, y recogia y declaraba sus oráculos. Habia fundado con ella una especie de iglesia en donde los fieles iban á recibir la iniciacion y las revelaciones del nuevo culto. Estrañas ceremonias en lenguaje metafísico, inspiraciones convulsivas, aserciones del Espíritu Santo, jóvenes de una belleza celestial, apariciones, cánticos, música, ósculos fraternales y el misterio que envolvía el santuario, daban á aquella naciente religion el prestigio del alma y de los sentidos. En todas las comunicaciones sobrenaturales de la sacerdotisa con los neófitos, la revolucion se señalaba como el advenimiento del espíritu divino en la cabeza del pueblo. Los sacerdotes y los reyes debian desaparecer de la superficie del universo. Robespierre se le representaba en términos encubiertos como el Mesias á la vez religioso y político, que debia regularizarlo todo y trasportarlo todo á Dios. El pueblo se iniciaba en muchedumbre en aquella fé.

## VI.

Don Gerle habia sido miembro de la Asamblea constituyente. Su propension por las credulidades piadosas se habia manifestado ya; habia llevado á la tribuna de

aquella Asamblea las pretendidas revelaciones de una joven llamada Susana Labrousse. La risa general habia acogido aquellas puerilidades. Rechazada Susana de Paris, se habia ido á profetizar á Roma: allí habia muerto victima inocente de su propia alucinacion en los calabozos del castillo de San Angelo. Don Gerle se obstinaba en sus visiones. Sentado al lado de Robespierre en la Asamblea, y participando de las teorías regeneradoras del diputado por Arrás no habia cesado desde aquella época de entretener relaciones con él familiares que llegaban hasta el entusiasmo y hasta el culto. Robespierre recibia á menudo al antiguo monge en casa de Duplay, teniendo para don Gerle la afeccion y la indulgencia que un genio superior tiene por la credulidad que admira. Justamente se perdona la supersticion de que uno es objeto.

Don Gerle hablaba con frecuencia á Robespierre de las profecias de Catalina Theos, sobre su futura grandeza. Robespierre no era supersticioso. Su religion no era mas que lógica. Creia la razon tan divina, que la proclamaba sin cesar el único dogma y la única Providencia del género humano, el objeto de sus trabajos y el espíritu de sus instituciones. Pero sea que su elevacion diese al fin cierta supersticion á Robespierre hácia sí mismo, sea que para afirmar su popularidad con un prestigio sobrenatural, sea mas bien que sintiese la falta de los antiguos templos y dejase esperar una reconstruccion del cristianismo, él toleraba si no favorecia las reuniones de Catalina Theos. Este era su punto de contacto con el catolicismo y con el espíritu religioso que queria unir en sí mismo como una de las fuerzas sociales. Recibia cartas de la profetisa y de sus adeptos, dictadas segun el espíritu revelador. Habia en la proclamacion del Ser Supremo, en los símbolos de aquella ceremonia, en los mismos nombres que habia dado á Dios y á la naturaleza, las ceremonias y los signos del culto secreto. La opinion bien ó mal fundada del público, era que él queria realizar en

su persona un pontífice supremo; que las tentativas de don Gerle, su confidente, eran un ensayo de organización religiosa, y que iniciarse era lisongear al dictador por su debilidad ó por su ambición. Estas preocupaciones proporciónaban al cenáculo de la calle de la Contraescarpa mas neófitos que la fé.

## VII.

Ademas, habia al mismo tiempo en uno de los mas suntuosos palacios del centro de París recientemente construido por el opulento filósofo Helvecio, una muger jóven, de una incomparable hermosura, si no tuviese una hija de diez y seis años tan bella y tan seductora como su madre. Aquella muger se llamaba Mad. de Sainte-Amaranthe. A pesar de que decia que era viuda de un gentil-hombre sacrificado en las jornadas del 5 y 6 de octubre, defendiendo la pueria de la reina en Versailles, y que ella afectaba el exterior, el tono y el lujo de una grande existencia, reinaba en aquella muger, sobre su origen y sus hábitos un misterio y una duda que dejaban flotar la opinion entre la admiración de su belleza, el respeto por sus desgracias y la ambigüedad de su papel en la sociedad.

Su casa, atractiva por tantos títulos, habia reunido por el gusto de las artes, del juego y los placeres, desde el principio de la revolucion á los hombres eminentes de todas las facciones. A los realistas, á los constitucionales, á los orleanistas y á los girondinos sucesivamente: Mirabeau, Sieyes, Petion, Chapelier, Buzot, Louvet, y Vergniaud, la habian frecuentado. Las gracias de Mad. de Sainte-Amaranthe, y la seducción de su espíritu habian borrado alrededor de ellas los matices y colmado los abismos entre las opiniones.

Ella conservaba, no obstante, una adhesión ostensible á los recuerdos y á las esperanzas del trono. Estaba relacionada con los realistas de la antigua aristocracia y conservaba en sus salones, sin ningun misterio, los retratos del rey y de la reina: no disfrazaba su veneración por estas imágenes proscriptas de un tiempo mejor. El prestigio de sus gracias parecia alejar de ella todo peligro. La naturaleza la defendia del cadalso.

Un jóven perteneciente á la antigua corte, hijo de Mr. de Sartines, ministro de la Policía de París, acababa de casarse con la hija de Mad. de Saite-Amaranthe. Monsieur de Sartines antes de su matrimonio, habia tenido relaciones con la actriz del teatro Italiano Grandmaison. Aunque abandonada por su amante aquella jóven actriz, le escribia aun. Ella le informaba de los progresos ó de la disminucion del terror. Sartines, prendado de tanta constancia, iba de tiempo en tiempo á París á ver secretamente á su antigua amiga, y por ella sabia los secretos de la política. La señorita de Grandmaison los arrancaba á Trial, actor del mismo teatro, patriota fogoso y amigo de Robespierre.

Las esperanzas de clemencia concebidas por la proclamación del Ser Supremo, eran un lazo en el que los realistas, los sospechosos y los proscriptos, se dejaban coger. En todas partes se hablaba del poder del nuevo Cromwell ó del nuevo Monk: de sus tentativas para amortiguar las persecuciones religiosas; de sus votos para abolir el cadalso; de su genio para reconstruir el orden, y de sus pensamientos secretos de reinar ó de restauración del reino que se le suponía.

Los esparcidos restos del partido religioso y del partido realista, se consolaban en estos sueños. La popularidad de Robespierre era mas grande tal vez en estos momentos en el partido de las victimas que en el de los verdugos. Mad. de Sainte-Amaranthe fué olvidada; quiso volver á París y abrir su casa á las fiestas y á los placc-

res en medio del duelo general. Se fió al genio de Robespierre, y ardía en deseos de conocerlo, de seducirlo y de atraerlo á sus opiniones. En vano la señorita Grandmaison, temblando por su amante, escribía á Mr. de Sartines que el momento era siniestro, que las comisiones y Robespierre estaban en lucha, y que el hacha de la guillotina estaba suspendida entre un alivio esperado y un terror mas activo: Mad. de Sainte-Amaranthe no escuchó mas que sus ilusiones, arrastró á su hija, su yerno y un niño de quince años, hijo suyo, á Paris.

## VIII.

Allí se confirmó mas y mas por la conversacion de algunos amigos en las disposiciones que suponía al triunfiro. Sin duda aun estas disposiciones le fueron insinuadas por agentes de Robespierre. Este buscaba en estos momentos unirle todo á su nombre, hasta los realistas, por lo vago de sus esperanzas.

Mr. de Quesvremont, antiguamente familiar de la casa de Orleans, y entonces mendigando la familiaridad de Robespierre, hizo participar á Mad. de Sainte-Amaranthe del entusiasmo por el hombre predestinado que decía que solo esperaba la hora en que se madarasen sus designios, y que solo concedería al terror lo que no era posible aun quitarle. Como discípulo fanático de Catalina Theos, Mr. de Quesvremont, habló á Mad. de Sainte-Amaranthe del nuevo culto como una profunda concepcion del restaurador del orden; inspirándola como á su hija y á su yerno, el deseo de hacerse iniciár. Esto, les decía, es un acto que inspirará confianza á Robespierre. La llamada marquesa de Chastenay, ardiente realista, y mas ardiente adepta de la *Madre de Dios*, acabó de determinar á madama de Sainte-Amaranthe á aquella afiliacion. Sartines,

su madre política, y su esposa, fueron introducidas en el desvan de la *Madre de Dios*. Estas dos bellas realistas recibieron en su frente el ósculo de paz de la enferma sibila que debía ser pronto para ellas el beso de muerte.

Sea que la condescendencia de las dos jóvenes hubiera sido en efecto una prenda á los ojos de Robespierre; sea que hubiesen hecho concebir en su espíritu el deseo y la vanidad de ver á las dos mas célebres bellezas de Paris inclinarse ante su genio; sea mas bien que él quisiese tender por ellas un cebo á los partidos proscriptos para atraerlos al orden regular que meditaba, consintió en tener una entrevista con sus dos admiradoras. Trial, hombre de teatro y amigo comun, condujo á Robespierre á casa de Mad. de Sainte-Amaranthe, en donde le recibieron como á un dictador que consiente en dejar presentir sus designios. Se sentó á la mesa en medio de un círculo de convidados escogidos por sí mismo. Robespierre respiraba el entusiasmo, y se dejó reprender dulcemente por los excesos que sufría hacia tiempo. El habló como hombre que debía volver contra solo los culpables la guillotina que aun descargaba sobre tantos inocentes. Dejó entrever sus designios para dejar lucir alguna esperanza.

## IX.

Sea indiscrecion de sus huéspedes, sea infidelidad de los convidados, la comision de seguridad general tuvo aviso de estas entrevistas y de aquellas confianzas. Vadier habia hecho introducir uno de sus agentes Senart, en las reuniones de la *Madre de Dios* para observar los pensamientos y notar los nombres de los principales adeptos. Vadier sabia que Robespierre era su idolo, y le suponían el instigador. Sospechaba desde el 20 pradial que que-

ría unirse al pueblo por las supersticiones, y acariciar las clases superiores por los presagios de clemencia. Vadier quiso á la vez poner en ridículo á Robespierre y hacerle traicion. No se atrevió á atacar un nombre que rechazaba las sospechas y que desconcertaba la agresion, pero esperaba de este modo verter indirectamente sobre este mismo nombre una ridiculez que reflujia sobre su poder. Además era una de las empresas mas atrevidas mostrar por primera vez en la Convencion, que los amigos de Robespierre no eran puros, y que sus amigos tampoco eran inviolables.

La comision de seguridad general, de acuerdo con la mayoría de la de salud pública y con los conspiradores de la reunion de Tallien, ordenó la prision de Catalina Theos y de sus principales adeptos. Las comisiones dispusieron al mismo tiempo la prision de la marquesa de Chastenay, de Mr. de Quesvremont, de Mr. de Sartines, y de toda la familia de Sainte-Amaranthe sin esceptuar el hijo, que llegaba apenas á los diez y seis años. Tambien hicieron prender á la señorita Grandmason y á su criado Biret. Se resolvió confundir á todas estas acusaciones, estrañas las unas á las otras en el gran acto de acusacion que Elias Lacoste estendia contra Ladmiral y Cecilia Renault, bajo el nombre genérico y vago de *conspiracion del extranjero*. Se habia encargado á Vadier que redactase un informe previo contra la secta de Catalina Theos. Se informaron de la malignidad de aquel anciano para dar á las puerilidades de don Gerle los sombríos colores de una conjuracion, y un barniz de ridiculez que recaia sobre el nombre de Robespierre.

## X.

Este nombre que todo el mundo sabia que estaba oculto en el fondo de aquel asunto, seria tanto mas visible cuanto seria menos pronunciado por Vadier. Robes-

ierre habia conocido con anticipacion el golpe, pero el puñal estaba envuelto con el respeto. No podia tomar abiertamente la defensa de aquellos sectarios en un momento en que se le acusaba de querer hacer revivir las supersticiones para santificar su dictadura, por lo que se vió obligado á aplazar bajo pretexto de desprecio la lectura del informe de Vadier á la Convencion. Vadier estuvo inflexible; fué necesario sufrir en silencio los sarcasmos del relator, las sonrisas del auditorio, y las insinuaciones malignas contra su papel de Mahomet. El ridículo habia desflorado aquel terrible nombre, y la sospecha habia arrojado su sombra sobre aquella incorruptibilidad. Los amigos de Robespierre lo habian conocido. Le habian advertido confidencialmente de que tuviese cuidado con Vadier, especie de *Bruto*, que fingia la rusticidad para ocultar el odio. «Estorzaos, escribió Payan á Robespierre, para disminuir á los ojos de la opinion, la importancia que se querrá dar al asunto de Catalina Theos y para convencer al pueblo que esto es una farsa pueril que no merece mas que la risa y el desprecio de los hombres formales.» En fin, pocos dias despues, Elias Lacoste habia hecho el informe del decreto que proponia la remision al tribunal revolucionario de todos los acusados. Se vió reunidos al asesino Ladmiral y á Cecilia Renault; el padre, la madre, y hasta los hermanos de aquella jóven; Mr. de Sartines, Mad. Sainte-Amaranthe, su hija Mad. de Sartines, su hijo, que no tenia aun la edad del crimen; los señores Laval-Montmorency, de Rohan-Rochefort, al príncipe de San Mauricio, los señores de Sombreuil, padre é hijo, que habian escapado de los asesinos de setiembre; Mr. de Pons, Michonis, municipal del Temple, culpable por la compasion y por la decencia que habia tenido con las princesas cautivas; Mad. de Lamartiniere, la viuda de Epremenil, y en fin, la actriz Grandmason, que castigaba el amor que tenia á Sartines, y hasta el criado de este, castigado por su fide-

lidad á su amo. Reunieron á estos sesenta el portero de la casa en donde Ladmiral habia intentado asesinar á Collot de Herbois, y á la muger de aquel conserge, *culpables los dos*, decia el acusador, *por no haber manifestado bastante alegría cuando fué preso el asesino.*

## XI.

Al escuchar Robespierre los nombres de Mad. de Sainte-Amaranthe y de su familia, permaneció silencioso. Temia aparecer como protector de los contrarrevolucionarios. Bien sabia que era su nombre el que herian, pero retiró tímidamente este nombre por no aparecer herido él mismo. ¡Deplorable situacion de los hombres que toman la popularidad en lugar de la conciencia por árbitro de su política! Se cubren con los cuerpos de víctimas inocentes en lugar de cubrirse con su propia intrepidez.

Aquellos sesenta y dos acusados, cómplices pretendidos, se vieron por la primera vez delante del tribunal. Ladmiral manifestó firmeza, Cecilia Renault, sensible é interesante, pidió perdon á su padre, á su madre y á sus hermanos por haberlos precipitado por su lijereza en la apariencia de un crimen que ella no habia concebido: afirmó ante la muerte que su pretendido proyecto de asesinato no era mas que una curiosidad de ver un tirano.

Los Montmorency, los Rohan y los Sombreuil conservaron la dignidad de su inocencia y de sus nombres; no desmintieron delante de la muerte la nobleza de su sangre, y murieron como habian combatido sus abuelos.

Madama de Sainte-Amaranthe se desmayó en los brazos de sus hijos. Sartines, al pasar por delante de la actriz Grandmaison, inundó las manos de esta con sus lágrimas, suplicándola que le perdonase la muerte á la

qual su cariño hacía él la conducia. Su muger fué superior á su edad por su resignacion, y superior á su belleza por su ternura. Se alegraba morir con su madre, su marido y su hermano, estrechándolos en sus brazos, sin rechazar ni aun á la actriz Grandmaison que una suerte cruel asociaba á su infortunio. Todos los celos y toda distancia desaparece ante la muerte. Los moribundos no formaron mas que una familia.

A fin de herir mas los ojos del pueblo con un aparato mas grande de culpabilidad, habian hecho vestir por primera vez desde Carlota Corday á todos los sentenciados con la túnica de lana roja, distintivo de los asesinos. Una escolta de caballeria y algunos cañones cargados de metralla precedian y seguian la comitiva: ocho carros la componian. En el primero habian hecho subir á madama de Sainte-Amaranthe y madama de Eprenmil en el primer banco; madama de Sartines y la Grandmaison, aquellas dos víctimas de un mismo amor, en el segundo. En la carreta siguiente á Mr. de Sartines y á su jóven cuñado, Mr. de Sombreuil y su hijo. Las otras tres conducian al lado de los Montmorency y de los Rohan, al pobre y fiel criado de la Grandmaison, Biret, que lloraba no por él, sino por su querida. La marcha fué lenta, el cadalso estaba lejos, el cielo de primavera y la multitud inmensa. Todas las miradas se dirigian hácia aquel grupo de cabezas de muger que serian bien pronto separadas de sus cuerpos. Los reflejos ardientes de la túnica roja realzaba aun mas la blancura de sus gargantas y la brillantez de sus colores. La multitud se embriagaba por aquel derramamiento de hermosura que iba á extinguirse. Las víctimas hablaron entre sí algunas palabras con triste sourisa en voz baja, y se dirigieron miradas de conmiseracion. Ladmiral se indignaba y se compadecia por la suerte de sus pretendidos cómplices. «Ni uno solo, esclamaba, ha conocido mi designio, he querido yo solo vengar la humanidad.» Despues, volviéndose á Ce-



cilia Renault que rezaba con fervor: «Habeis querido ver á un tirano, le decia con irónica piedad, mirad y ved centenares bajo nuestros ojos.»

La marcha duró tres horas. Sacrificaron primero á los mas oscuros; despues á Cecilia Renault, Grandmaison, Ladmiral, madama de Eprenenil, los nobles de la antigua monarquía y el jóven Sainte-Amaranthe. Su hermana y su madre vieron arrojar su cuerpo decapitado en el cesto. Su turno se aproximaba. La madre y la hija se abrazaron y se dieron el último y prolongado beso que interrumpió el verdugo. La cabeza de la hija se reunió á la de su jóven hermano. Madama de Sainte-Amaranthe murió la penúltima. Sartines el último; viendo caer durante un suplicio de tres cuartos de hora la cabeza de su querida, la de su cuñado que queria como si fuese su hijo, la de su madre política y la de su esposa. Habia muerto para todos los sentimientos de este mundo antes de sucumbir bajo la cuchilla.

Aquella carnicería irritó al pueblo contra Robespierre. El crimen de sus enemigos recaía sobre él. No le creían tan decaído en la influencia de las comisiones para permitirles suplicios que no deseaba. No le creían sobre todo tan cobarde para tolerar crímenes que reprobaba; los que esperaban en él se indignaron, sus amigos se aturdieron y sus enemigos se animaron. Les habia dado el secreto de su debilidad y redoblaron la ferocidad cubriéndole durante cuarenta dias de la sangre que vertian. El no se atrevia ni á aprobar ni á desaprobareste acrecentamiento de asesinatos, debatiéndose en vano bajo la responsabilidad del terror. La opinión lo rechazaba todo sobre su nombre. Situacion cruel, intolerable y merecida. Lección eterna para los hombres populares sobre los que la justa posteridad acumula todos los crímenes contra los cuales no se han atrevido á protestar.

## XII.

El lenguaje de Robespierre en los Jacobinos durante aquellos cuarenta dias se resentia de la opresion de su alma. Su estilo era vago, oscuro y ambiguo como su situacion; no comprendiéndose si acusaba á las comisiones por su rigor ó por su indulgencia. Tan pronto vituperaba la moderacion como tan pronto la crueldad. Sus palabras con dos cortes amenazaban siempre sin herir nunca, teniendo en suspenso su ira, y no se adivinaba si descargaría sobre los verdugos ó sobre las víctimas. Un hombre político que no se atreve á esplicar sus miras se enagena á la vez los dos partidos.

«Es tiempo, ciudadanos, dijo en fin pocos dias antes de la crisis, que la verdad haga oír en este recinto acentos tan libres y tan varoniles como los que ha hecho resonar en las importantes circunstancias de la revolucion. ¿Remos como los conspiradores á concertar en los escondrijos oscuros, (alusión á los conciliábulos de Clichy), los medios de defendernos contra los pérfidos esfuerzos de los malvados? Denuncio á los hombres de bien un sistema que tiende á sustraer á la aristocracia de la justicia nacional y á perder á la patria hiriendo á los patriotas. Cuando las circunstancias se desenvuelvan me esplicaré con mas claridad. Ahora digo lo suficiente para los que me entienden. Nadie tendrá poder bastante para impedirme que manifieste la verdad en el seno de la representacion nacional y de los republicanos. No está en el poder de los tiranos y de sus seides inutilizar mi valor. Que se esparzan libelos contra mí, yo siempre seré el mismo. Si se me obliga á renunciar parte de las funciones de que estoy encargado, (la oficina de policia), aun me queda la cualidad de representante del pueblo y ha-

ré una guerra á muerte á los tiranos y á los conspiradores.»

Aquellos tiranos y aquellos conspiradores vagamente designados en estas palabras eran Billaud Varennes, Collot de Herbois, Barrere, Carnot, Leonardo Bourdon, Vadier y todos los miembros de las comisiones.

Estos no se atrevían á aparecer en los Jacobinos desde que Robespierre reinaba allí solo, ó permanecían si iban silenciosos para espiar y denunciar sus palabras. Lo acusaban al salir de querer insinuar al pueblo la existencia de un foco de complots en la Convencion y de predicar la necesidad de una depuracion violenta é insurreccional como la del 31 de mayo.

## XIII.

Algunos dias despues, Robespierre se esplicó mas abiertamente; se dió como victima y llamó sobre sí mismo el interés y casi la piedad de los patriotas: «Estos monstruos, dijo, denuncian al oprobio á todo hombre de quien temen la austeridad de costumbres y la inflexible probidad. Tanto valdria volver á los bosques, que disputarnos así los honores, la fama y las riquezas de la república. Nosotros no podemos fundarla sino por instituciones protectoras, y estas instituciones no pueden asentarse sino sobre las ruinas de los enemigos incorregibles de la libertad y de la virtud. Pero estos malvados no triunfarán, continuó, es necesario que estos cobardes conjurados renuncien á sus complots, ó que nos arranquen la vida. Sé que ellos lo intentarán, todos los dias lo intentan. ¡Pero el genio de la libertad protege á los patriotas!»

Aquellos acentos apasionaban vivamente el pequeño número de jacobinos que se estrechaban á su alrededor cada noche. Estos hombres resueltos estaban prontos á

marchar con Robespierre al objeto que les indicase y aun se adelantaban al impulso que les daba. Su impaciencia aspiraba abiertamente á una insurreccion; conjuraban á su dueño á que nombrase sus enemigos, jurando sacrificarlos por su causa. Buonarotti, Lebas, Payan, Couthon, Fleuriot-Lescot, Henriot y Saint-Just no cesaban de reprehenderle sus contemplaciones y sus escrúpulos. El pueblo está pronto á levantarse á su voz y depositar en sus manos el poder y la venganza. Robespierre continuaba en rehusar la dictadura con una inesplicable obstinacion. «El nombre de los facciosos le causaba horror, decia. La sombra de Catilina se levantaba siempre delante de él. En la Convencion respetaba la patria, la ley y el pueblo. La idea de atentar por la fuerza á la representacion y mostrarse de este modo el violador de aquella soberania nacional que toda su vida habia profesado le parecia una especie de sacrilegio. No queria contaminar con la usurpacion ni su virtud republicana ni su memoria. Mas queria ser, añadia, la victima que el tirano de su patria, deseaba sin duda el poder, pero lo queria dado no robado.» Fuertemente creia en sí mismo, en el poder de su palabra y en su inviolabilidad popular: no dudaba arrancar á la Convencion por solo la fuerza de la verdad y de la persuasion aquella autoridad que no queria destrozar disputándola por la mano tumultuosa de una sedicion: pensaba que la república reconocería por sí misma la supremacia del genio y de la integridad. Idolo de la opinion, elevado por la opinion, adulado, deificado hacia cinco años por ella queria que solo la opinion le proclamase la última palabra y el primer hombre de la república. «Desgraciados los hombres, repetia muchas veces á sus amigos, que reasumen en sí mismos la patria y que se apoderan de la libertad como de sus bienes propios. Su patria muere con ellos y las revoluciones que se apropian no son mas que cambios de servitud. ¡No, nada de Cromwell, decia continuamente, aunque sea yo!»

## XIV.

En aquel pensamiento Robespierre preparaba lentamente por toda arma un discurso para la Convencion. Discurso en que batiria á sus enemigos dejando solamente descubrir á las miradas del pueblo sus tramas y su propia integridad. Retocaba á placer aquel discurso, tan teórica como una filosofía, tan apasionado como la revolucion. Reasumia en él con la pluma de Tácito el cuadro de todos los crímenes, de toda la corrupcion, de todos los peligros que degradaban, manchaban ó amenazaban á la república. Hacia resaltar con una ilusion continua la responsabilidad de nuestros desastres sobre el gobierno y la comision. Hacia los retratos tan semejantes y tan personales de los vicios de la Convencion, que no quedaba mas que darles el nombre de sus enemigos. En fin, concluia vagamente pidiendo la reforma de las instituciones revolucionarias sin especificar cuáles fuesen y provocaba á la Convencion á reflexionar.

Aquella conclusion más imperativa que si la hubiera formulado el mismo en un decreto de muerte contra sus enemigos, debía arrancar resoluciones más terribles contra sus envidiosos y poderes más absolutos para él mismo que los que hubiese formulado. La tiranía tiene su pudor, es necesario que se le haga violencia. Lo que se le da va siempre más allá de lo que ella se atrevería á pedir.

Este discurso estaba dividido en dos partes y debería ocupar dos sesiones. En la primera Robespierre, tronaba sin herir y designaba sin nombrar. En la segunda, que reservaba para replicar si alguno tuviese la audacia de responderle, salia de la nube y lucia como el relámpago y ceñia hombre á hombre, y cuerpo á cuerpo, á los miembros hostiles de las comisiones; especificaba las acusa-

ciones y los crímenes; nombraba y sellaba, heria y arrastraba desde la tribuna al cadalso á los culpables que permanecian hasta entonces en la sombra. Para este uso habia bosquejado en las notas secretas de su policia los retratos destinados á aquella fiesta pública. Armado con sus dos discursos Robespierre, espera la lucha con confianza: sus contrarios empezaban á desconfiar. Ninguno tenia en su consideracion personal la fuerza para luchar cuerpo á cuerpo con el idolo de los Jacobinos; sabia que el pueblo le permanecia fiel y su ascendiente intimidaba á la Convencion. La muerte podia caer á la menor señal suya sobre todas las cabezas. En aquella perplegidad, Barrere insinuó la transaccion. Collot de Herbois hablaba de mala inteligencia y el mismo Villaud Barennes pronunciaba la palabra concordia; y las comisiones propendian á humillarse bajo el solo efecto de su ausencia. Algunos negociadores oficiosos se interpusieron para evitar un destroz, Legendre acariciaba, Barras, Bourdon, Freron y Tallien, fermentaban casi solos la aspereza de su odio y el fuego de la conjuracion.

## XV.

Entre tanto, las negociaciones habian venido á parar en una entrevista entre Robespierre y los principales miembros de las dos comisiones. Consintiendo en encontrarse en la comision de salud pública, Couthon, Saint-Just, David y Lebas, se vieron con Robespierre. Las fisionomías estuvieron contraidas, los ojos bajos y las bocas mudas.

Se conocia que los dos partidos, aunque prestándose á una tentativa de reconciliacion temian al mismo tiempo dejar traspasar sus ideas. Elias Lacoste, articuló las quejas de las comisiones. «Formareis un *triumvirato*, dijo

á Saint-Just, á Couthou y á Robespierre.—Un triunvirato, respondió Couthou, no se forma de tres pensamientos que se encuentran en una misma opinion; los triunviro usurpan todos los poderes y nosotros os los dejamos todos.—Precisamente por eso os acusamos, dijo Collet de Herbois, retirar del gobierno en un tiempo tan difícil una fuerza como la vuestra es hacerle traicion y entregarlo á los enemigos de la libertad.» En seguida volviéndose hácia Robespierre y tomando delante de él el tono y la acción teatral de un suplicante manifestó querer arrojarse á sus pies. «Yo te lo suplico en nombre de la patria y de tu propia gloria, le dijo, déjate vencer por nuestra franqueza y por nuestra abnegacion; eres el primer ciudadano de la república y nosotros los segundos: tenemos por tí el respeto debido á tu pureza, á tu elocuencia y á tu genio; vuelve á nosotros, entendámonos, sacrifiquemos á los intrigantes que nos dividen y salvemos la libertad por nuestra union.»

Robespierre pareció conmovirse por las protestas de Collet de Herbois. Se quejó de las acusaciones sordas que se esparcian sobre su pretendida dictadura, blasonó de un completo desinterés del poder, propuso renunciar á la direccion de la policia que le molestaban dominar y habló vagamente de los conspiradores que era necesario ante todo destruir en la Convencion.

Carnot y Saint-Just tuvieron una esplicacion muy reñida con motivo de los diez y ocho mil hombres que Carnot habia destacado del ejército del Norte espiéndolos á todas las fuerzas de Coburgo, para enviarlos á la invasion de la Flandes marítima. «Queréis usurparlo todo, dijo Carnot. Desconcertais mis planes, inutilizais á los generales y las campañas; os he dejado el interior, dejadme el campo de batalla; ó si queréis dirigirlo como todo lo demas, tomad tambien la responsabilidad de las fronteras. ¿Qué será de la libertad si perdeis á la patria?»

Saint-Just se justificó con modestia y se declaró lleno

de deferencia por el genio militar de Carnot. Barrere se manifestó complaciente. Solo Billaud estuvo silencioso. Su silencio inquietaba á Saint-Just. «Hay hombres, dijo el jóven fanático, que por el sombrío carácter de su fisonomia y por la palidez de su rostro, Licurgo hubiera desterrado de Lacedemonia.—Hombres Lay, respondió Billaud, que ocultan su ambicion bajo su juventud y juegan al Alcibiades para convertirse en Pisistratos!»

Al nombre de Pisistrato, Robespierre se creyó aludido y se quiso retirar. Roberto Lindet intervino con palabras sábias y dulces. Billaud desarrugó su frente y ofreció la mano á Robespierre: «En el fondo, dijo, yo no te he echado en cara mas que tus perpétuas sospechas; desisto voluntariamente de las que yo mismo he concebido de tí. ¿Qué tenemos que perdonarnos? ¿No hemos pensado y hablado siempre lo mismo de todas las grandes cuestiones que han agitado á la república y á los consejos?—Eso es verdad, dijo Robespierre, pero inmolais por casualidad los culpables y los inocentes, los aristócratas y los patriotas.—¿Por qué no estás tú con nosotros para elegirlos?—Aun es tiempo, respondió Robespierre, para establecer un tribunal de justicia que no elija pero que condene con la imparcialidad de la ley y no por casualidad ó por espíritu de faccion.» La discusion se estableció sobre este principio. Las prendas eran las cabezas de los mejores ciudadanos. Robespierre queria regularizar y moderar el terror, los demas declararlo mas necesario que nunca para esterminar y estirpar á los conspiradores. «¿Por qué habeis forjado la ley del 22 pradial, dijo Billaud, ha sido para dejarla dormir en la carterá?—No, respondió Robespierre, sino para amenazar desde mas alto á los enemigos de la revolucion sin escepcion, y á mi mismo si levantase la cabeza por cima de las leyes.»

Se convino, dicen, en entenderse amigablemente sobre la suerte del pequeño número de hombres peligrosos que se agitaban en la Convencion, y sacrificarlos si eran

culpables, á la seguridad de la república y por la concordia del gobierno. Se determinó que Saint-Just compusiese un informe sobre la situación de las cosas, propio á extinguir en apariencia los disentimientos y á demostrar á la república que la armonía mas completa se habia restablecido entre sus hombres. Se separaron con las apariencias de una reconciliación.

## LIBRO SESENTA.

Engañosa reconciliación.—Deliberación de los conjurados.—Los Jacobinos y los seccionarios toman á Robespierre por jefe y por bandera.—Síntomas de un nuevo 31 de mayo.—Primeros días de termidor.—Robespierre permanece separado.—Su peregrinación á la ermita de Juan Jacobo Rousseau.—El 7 termidor.—El 8 termidor.—Discurso de Robespierre en la Convención.—La asamblea rehusa que se imprima.—Robespierre en el club de los Jacobinos.—Lee el discurso rechazado por la Convención.—Su testamento de muerte.—Agitación.—Manifestaciones tumultuosas.—Payan propone suprimir las comisiones.—Saint-Just en la comisión de salud pública.—Escena violenta.—Collot de Herbois y Saint-Just.—Los conjurados se preparan para la crisis del día siguiente.—Carta de Teresa Cabarrús á Tallien.—Respuesta de este.—Los diputados del centro indecisos.—Se dejan llevar por los conjurados.—9 termidor.—Los Jacobinos se preparan para los acontecimientos del día.—Coffinhal, Fleuriot, Payan, Henriot.—Sesión de la Convención.—Collot de Herbois presidente.—Saint-Just en la tribuna.—Tallien lo interrumpe.—Billaud Varennes denuncia los proyectos de los Jacobinos contra la asamblea.—Prolongada agitación.—Ataca á Robespierre.—Es vivamente aplaudido.—Robespierre se lanza á la tribuna.—Clamores de la Montaña.—Tallien quita la palabra á Robespierre y pide la prisión de Henriot y que la sesión sea permanente.—Estas proposiciones se votan por aclamación.—Barrere sube á la tribuna y se pronuncia contra Robespierre.—Vadier sigue á Barrere.—Robespierre no consigue hacerse oír.—Deja la tribuna.—Lo rechazan de todos los bancos.—Vociferaciones.—Tumulto.—Decreto de acusación contra Robespierre.—Participan de su suerte Robespierre el joven, Couthon, Saint-Just y Lebas.—Los acusados son conducidos á la barra.—Se suspende la sesión.—Se envían á la cárcel los acusados.—Ejecuciones del mismo día.—Ejecuciones del día anterior.—Roucher y Andrés Chenier.

## I.

Los síntomas de reconciliación que acababan de aparecer en la última entrevista de Robespierre y de la co-